



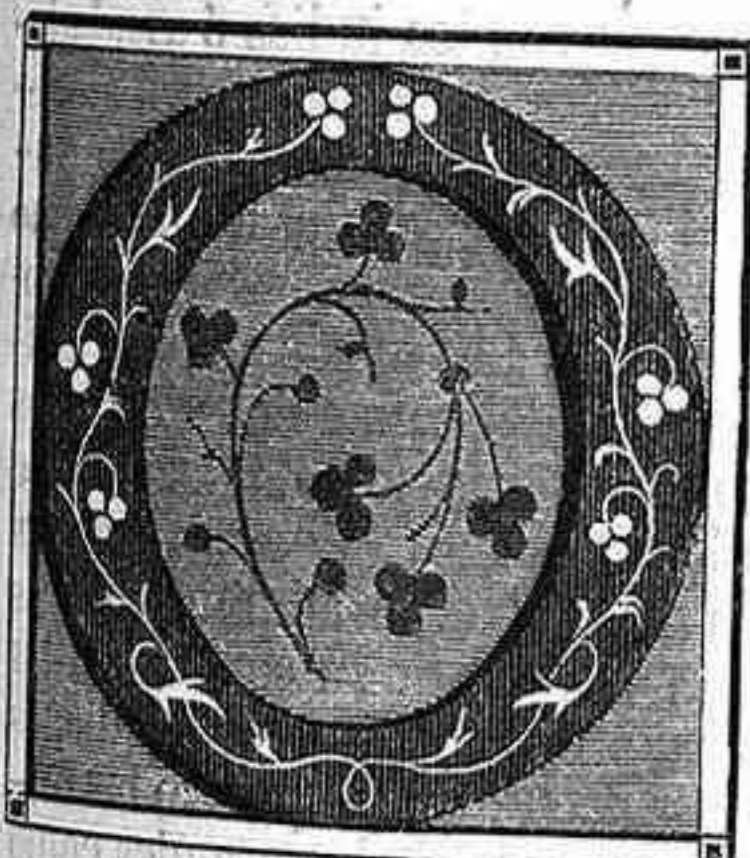
EL MUSEO UNIVERSAL.

NÚM. 40. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID, 30 DE SETIEMBRE DE 1860.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



bligado Lamoriciere por el ataque de fuerzas superiores á dar una batalla en condiciones desventajosas, ha visto derrotado su ejército por los piemonteses á las órdenes de Cialdini, y ha tenido que refugiarse en Ancona con unos cuantos ginetes que lograron abrirse paso entre los enemigos. A esta victoria de las tropas de Victor Manuel, ha seguido su entrada en varias ciudades importantes, como Civita Castellana, Cornetto, San Leone. Civita Castellana, tiene cinco mil habitantes, y se halla situada á unas ocho leguas de Roma, sobre una escarpada altura. La fortaleza que la defiende, y que ha caído tambien en poder de las tropas de Victor Manuel, es buena como punto de apoyo. Cornetto está á tres leguas de Civita Vecchia, á la izquierda del rio La Marta; San Leone, en la legacion de Urbino, tiene tambien un fuerte.

Inmediatamente, despues de la derrota del ejército pontificio, de cuyos batallones unos han quedado prisioneros, otros se han dispersado completamente y otros se han refugiado en Ancona, ha sido cercada por mar y tierra esta plaza, y han comenzado á obrar las baterías de sitio. Ancona es una ciudad de treinta y dos á cuarenta mil habitantes, situada en la pendiente de una colina, que se adelanta hácia el golfo de Venecia, y defendida por un castillo y otras varias fortificaciones, que la constituyen la mejor plaza fuerte de los Estados Romanos. Distá de Roma treinta y dos leguas y seis de Macerata. Creese que Lamoriciere ha salido de ella, antes del sitio, y unirlo á los del rey de Nápoles que se mantienen entre Gaeta y Capua. Con el fin de cortar las comunicaciones entre estas dos ciudades, las tropas de Garibaldi se encaminaron hácia Volturmo, y en Cajazzo han tenido un

encuentro con las tropas reales, del cual han salido estas nuevamente derrotadas.

Aquí llegan las noticias recibidas de Italia hasta el momento en que escribimos estas líneas. Los rumores adelantan mas. Se supone, aunque no sabemos con qué fundamento lo dicen algunos periódicos, que en el Sacro Colegio ha empezado á emitirse la opinion de que convendria al Padre Santo salir de Roma; refugiarse, bien en Francia, bien en Austria ó bien en España, para no autorizar con su presencia los sucesos, que se verifican en la Romanía; y protestar desde su asilo como en 1848 protestó desde Gaeta. Si esta resolucion llegase á prevalecer en el ánimo de Su Santidad, los franceses, no teniendo ya nada que hacer en Roma, al decir de los periódicos del vecino imperio, se retirarian, y los sardos y los garibaldinos no encontrarían entonces ningun obstáculo para proclamar desde el Quirinal la unidad italiana, segun la espresion que se atribuye á Garibaldi. Pero esta política es contraria á la que hasta ahora ha seguido el gobierno de Roma, que al parecer se ha propuesto resistir hasta lo último sin hacer ninguna clase de concesiones. La retirada seria una concesion que le agradeceria Victor Manuel por las dificultades que pudiera ahorrarle.

Otro rumor es el que supone que en una conferencia que los monarcas de Rusia, Austria y Prusia van á celebrar en Varsovia, se restablecerá la Santa Alianza para poner coto, dicen sus amigos, á los excesos de la revolucion, y no dejarla levantar la cabeza en ningun punto de Europa. Que van á celebrarse conferencias en Varsovia es indudable: lo que dudamos es que tengan el objeto que se supone y todavia menos el resultado que se espera.

No acaban aquí los rumores: se dice con misterio que por noticias recibidas por conducto de Rusia se ha sabido que los anglo-franceses han experimentado una nueva y terrible derrota en su tentativa de remontar el rio Pei-ho, en la China. Sabido es que el año pasado los enviados ingleses y franceses, que debian ir á Pekin para la ratificacion del tratado hecho con el emperador chino, se empeñaron en subir con sus escuadras por el rio Pei-ho, que desembocando en el mar, es navegable bastante tierra adentro hasta unas cuantas leguas de la capital. Los chinos se resistieron á dejar pasar fuerza armada y propusieron que pasasen solamente los embajadores y sus criados. Los enviados francés é inglés se negaron á acceder á esta propuesta y quisieron forzar la entrada del rio: pero su escuadra fue deshecha y derrotada delante de las fortifica-

ciones de Ta-ku, ciudad de la embocadura, por el general tártaro Sang-ko-lin-sin con un sin número de tropas. Francia é Inglaterra, en vez de desaprobare la conducta de sus enviados que daban motivo á una nueva guerra, se propusieron domar el orgullo de los chinos y aprestaron una nueva espedicion que subiera por el Pei-ho y derrotar á Sang-ko-lin-sin. Esta nueva espedicion es la que se dice que ha sido otra vez derrotada al querer forzar la embocadura. La noticia ha venido por Rusia, conducto un tanto sospechoso: sin embargo, no nos parece inverosímil. No es fácil desde tan larga distancia disponer los elementos necesarios para vencer tropas que aunque malas en sí y peor organizadas, tienen sin embargo la ventaja de su inmenso número y no son del todo estrañas al conocimiento y manejo de las armas de fuego y de la artillería. Mucho celebraremos que la noticia sea inexacta: entre los chinos y los europeos nuestra simpatía está por estos últimos, aunque no aprobemos la conducta de sus gobiernos en la cuestion de que se trata.

La corte de España continúa su viaje sin novedad fuera del ligero accidente acaecido á la reina al salir de las Baleares para Barcelona. Un palo del toldo bajo el cual se hallaban las reales personas, cayó hiriendo en la cabeza y lastimando el rostro á S. M.; pero segun los partes de los médicos esta herida no ha tenido consecuencias y la reina se ha restablecido al momento. En las Baleares los obsequios han sido grandes: en aquella provincia no se habia visto un rey, á no ser en la moneda, desde la época de Carlos V, es decir, desde el fundador de la dinastía que precedió á la actual. De Mahon véase lo que dice una carta del 17 escrita por un cronista semi-oficial que va siguiendo la espedicion para historiar los acontecimientos.

«Por la tarde bajamos al muelle á esperar á la reina, pero la reina no venia: en vano las autoridades, reunidas en un lindo desembarcadero que se habia preparado, enviaban una tras otra lanchas á la entrada del puerto; en vano todas las miradas se hallaban fijadas en las torres de señales, y los oidos atentos para escuchar los primeros cañonazos, todo era en vano; las torres continuaban impasibles y los broncíneos tubos, como decia aquel poeta laureado que tú y yo conocemos, permanecian mudos. La ansiedad que se retrataba en todos los semblantes, llegaba ya á su colmo, y las mas negras ideas comenzaban á apoderarse de los que con tanta paciencia aguardaban el momento tan ansiado, cuando se recibió un despacho fechado en Ciudadela, y en el que se anunciaba que obligada por causa del temporal á tomar tierra la escuadrilla,

lo había hecho en aquel punto, distante de este cinco leguas, y de donde vendría aquí por tierra.

«Esta noticia que circuló en brevísimos instantes por toda la población, hizo que volviese la calma á los espíritus, tan inquietos poco antes, y que se retirasen los mahoneses, mejor diré los menorquines, pues toda la isla se hallaba hoy en Mahon, á sus casas, si bien no completamente satisfechos porque se retardaba una noche mas el instante que tanto apetecían, alegres y contentos desde que supieron que su reina no corría ya peligro alguno.

«Mas no pararon aquí las desgracias que tenían que experimentar, pues levantándose casi de improviso un vendaval furioso, echó por tierra los bellísimos arcos y preciosos adornos con que todas las calles de la población se veían engalanadas, y ahora que son las once de la noche, estoy sintiendo caer rotos al suelo los que se hallaban dispuestos en este barrio. ¡ Pobres habitantes de Mahon que ven destruido en un momento el trabajo de muchos dias, con el que esperaban hacer mas agradable su población á los régios huéspedes que venían á honrarla!

«¡Quiera Dios que al amanecer se calme el viento como me han pronosticado algunos marineros, y que puedan improvisar nuevas galas, ya que Eolo no ha querido respetar las que tenían preparadas!»

Este mismo golpe de viento destruía en Barcelona otros arcos magníficos, ocasionando sus ruinas algunas desgracias segun han dicho los periódicos. Pero por la mañana cesó en efecto la furia de Eolo, como dice el cronista, y todo pudo arreglarse para la solemne entrada, sobre la cual añade el mismo autor:

«Describirte el efecto que causó en Mahon S. M., sería una tarea para la que no me siento con fuerzas suficientes, y renuncio á intentarlo siquiera desde ahora. Aquella alegría, aquel entusiasmo rayaba ya en locura, y yo ví correr por los rostros de marinos, endurecidos por la tempestad, lágrimas de placer y júbilo, y los ví enronquecidos ya de tanto gritar ¡viva la reina! agitar en el aire sus sombreros, lanzando inarticulados sonidos, que la multitud, sin embargo comprendía, puesto que contestaba con un inmenso ¡viva!

«Así llegaron los reyes á la casa que se les tenía dispuesta, pero no quisieron entrar en ella sin elevar antes sus oraciones al Altísimo, lo que hicieron en la principal iglesia de Mahon, donde se cantó un solemne *Te Deum*, acompañado por el famoso órgano que los mahoneses aseguran es el mejor del mundo.

«Desde allí regresaron SS. MM. á su habitación, acompañados siempre de aquella multitud, que no se cansaba de victorear, y que inundó la calle en que estaba el alojamiento de la reina, llegando su entusiasmo al frenesí cuando esta se asomó al balcon á presentarles el príncipe de Asturias.

«Por la tarde visitó S. M. un convento de monjas y dos hospitales, y por la noche, despues de una brillante serenata, hubo á la orilla del mar vistosos fuegos artificiales, apareciendo iluminados con luces de Bengala la mayor parte de los buques surtos en el puerto.»

Al dia siguiente, que era el 19, hubo besamanos general muy concurrido, como lo había habido en Palma, y el 20 se embarcó la corte para Barcelona. En el embarcadero de Barcelona aguardaban las autoridades y corporaciones oficiales. El general Dulce, apenas llegó la comitiva á saltar en tierra, sacando la espada, dice un diario de aquella capital, dió un enérgico ¡viva! á la reina á que contestaron los circunstantes. Despues de descansar un rato en el sencillo, bien que elegante pabellon levantado por órden del ayuntamiento, la comitiva se puso en marcha hácia la catedral en coches preparados al efecto. Se cantó en la catedral un *Te Deum* á toda orquesta y desde allí la reina se trasladó al palacio á cuyos balcones se asomó para el desfile de las tropas.

Aquella noche comenzaron las iluminaciones y festejos, las unas vistosísimas y los otros suntuosos. Los correspondientes escriben entusiasmados y anuncian las mas gratas impresiones para la expedición que se proyecta á Monserrat.

Celebraremos que todo vaya á medida del deseo; y dando aquí punto por hoy á esta relacion, con propósito de continuarla en la semana próxima, pasemos á hablar de teatros.

En el del Príncipe desde que ha comenzado la temporada se han dado una comedia y un drama nuevos, que si como han sido arreglos del francés, hubieran sido originales buenos y bien ejecutados, nada habrían dejado que desear. *Lo que se ve y lo que no se ve* es el título que el arreglador ha puesto á la comedia; lo que se ve es que una jóven que se cree viuda asiste á los bailes y saraos, y se muestra alegre y satisfecha; lo que no se ve es que semejante concurrencia á las diversiones y semejante alegría no tienen mas objeto que ocultar su pena á la madre del difunto, que por lo demás es ciega y no puede ver correr las lágrimas. Ejemplo interesante ofrecido á las viudas jóvenes que tratan de ocultar su dolor á sus suegras ciegas. Otra jóven, viuda realmente, llora en público y se alegra en secreto, formando contraste con la anterior. Se sobreentiende que en todo esto juegan dos militares del imperio ó de la guerra de Africa, manantiales fecundísimos á donde acuden los dramaturgos españoles y franceses. Al fin el supuesto difunto resucita y el vivo se casa con la verdadera viuda; solo la ciega y el público se quedan á buenas noches. La Teodora obtuvo aplausos

en algunas escenas; la Boldun será pronto una actriz de mérito; y Delgado estaba en su papel.

Un *Drama de familia* es el título del drama estrenado la otra noche, arreglo tambien del francés.

Un general ya anciano y que tiene un hijo capitán de cazadores, se casa con una jóven. Esta jóven antes de casarse amaba y era amada de un discípulo de Galeno, excelente profesor en la ciencia de curar, el cual la salva la vida y vive como médico agregado á la familia del marido. Pues señor, el médico, que es el traidor en este drama, persigue á la esposa del general, no sin que llegue á sospecharlo el asistente. Aparece el hijo y desde un cenador del jardín oye parte de un coloquio entre el médico y la enferma del corazón: trata de vigilar á su madrastra y ronda su cuarto por la noche, perdiendo en el jardín una cartera que sin duda se le cae mientras hace apuntaciones á la luz de la una; pero el asistente que la atisba escondido, la recoge y se la da al padre. El general entra en sospecha contra su hijo: terrible escena paterno-filial; otra entre el médico y el capitán de cazadores que se retan á muerte; otra en fin, entre la esposa y el hijastro que providencialmente escondido tambien oye el padre. Todo se descubre en el tercer acto, y todo se precipita, incluso el traidor que se arroja por una ventana perseguido á tiros por el asistente, y que va á caer en brazos de una fragata francesa. El segundo acto tiene algunas escenas de efecto; pero en general el drama es bastante malo como habrá podido observar el lector por lo dicho. La Teodora y Delgado sin duda no le creían de su cuerda, pues no trabajaron en él. Calvo estuvo muy bien en su papel de general; los demás regularmente.

En la Zarzuela se han representado con el título *Nadie se muere hasta que Dios quiere*, unos diálogos del señor Serra, lo que quiere decir que son chistosísimos y llenos de pensamientos. El género no nos gusta; pero ¿á quién no agradan los pensamientos tan bien espresados y los chistes tan delicados y oportunos del señor Serra?

El juguete titulado *Una comida de campo*, se agudó como suele suceder en estas comidas.

En el Circo hay una compañía de zarzuela que no carece de mérito; y el jueves puso en escena la ópera bufa *Campagnone*, traducida del italiano por los señores Frontaura y Rivera. El libreto abunda en chistes y la música agradó mucho. La ejecución buena, distinguiéndose la Santa María y la Di-Franco.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

ESPULSION DE LOS JUDIOS DE ESPAÑA.

SITUACIONES POR QUE PASARON DESDE QUE SE ESTABLECIERON EN NUESTRO PAIS.—DATOS HISTÓRICOS.—INTOLERANCIA DE AQUELLOS TIEMPOS.

Aunque se crea que la venida de los judíos á España tuvo lugar al ser destruida Jerusalem por las huestes de Tito, en que aquellos se desparramaron por todo el mundo conocido; el cánón 49 del Concilio Iiberitano, es el primer documento histórico en que se habla de judíos en España; y ya en él y en el 50 se procuraba separar á aquellos del trato con los cristianos.

A pesar de estas disposiciones, los judíos habrían llegado con el tiempo á ser los verdaderos dominadores de los godos por la posición ventajosa que en artes é industria habían alcanzado respecto de aquellos; pero ya en el Concilio III de Toledo, cánón 14, se empezó á conjurar la tormenta que amenazaba alejando á los judíos, de los cargos públicos, y prohibiéndoles tener mujeres, manebas ó esclavas.

Esto contrariaba las miras y las aspiraciones de los judíos, pero careciendo estos de fuerza para resistir abiertamente, apelaron al sufrimiento y á la astucia que se puso efectivamente á prueba, habiéndose dispuesto en el Concilio IV de los de Toledo, cánón 60, que fueran sus hijos separados de ellos á fin de que se les instruyera en la religion cristiana. Es de advertir que ya antes se habían resignado á vivir en barrios separados de los que habitaban los cristianos, y que mas tarde se llamaron juderías.

La primera espulsion de los judíos de España, tuvo lugar el año 620 en tiempo de Sisebut. Oigamos sobre el hecho á Mariana que en el libro VI, cap. II de su *Historia general de España*, dice lo siguiente:

«Aceptó este consejo Sisebut (el del emperador de Constantinopla Heraclio, de que espulsara á los judíos), y aun pasó mas adelante: porque no solamente los judíos fueron echados de España y de todo el señorío de los godos, que era lo que pedía el emperador, sino tambien con amenazas y por fuerzas los apremiaron para que se bautizaran; cosa ilícita y vedada entre los cristianos que á ninguno se haga fuerza para que lo sea contra su voluntad; y aun entonces esta determinacion de Sisebut tan arrojada no contentó á los mas prudentes, como lo testifica San Isidoro.»

«Publicado este decreto, gran número de judíos se bautizó, algunos de corazón, los mas fingidamente y por acomodarse al tiempo: no pocos se salieron de España

y se pasaron á aquella parte de la Galia que estaba en poder de los francos.»

Tiempos posteriores vinieron mas felices para los hebreos.

En los de Recesvinto hubo mas benignidad con aquellos, y Egica declaró nobles y *horros de tributos* á todos los que se convirtieran á la religion cristiana. Esto acaeció en 693.

Pero en el año 694 habían cambiado las cosas para los judíos. El mismo rey Egica que había mandado reunir el Concilio XVII de Toledo, presentó á este un memorial manifestando la gran necesidad de echar de España á todos los judíos, si no se quería que fuera presa de los moros con quienes estaban confabulados, de acuerdo con los hebreos residentes en Africa. A este memorial se acordó que todos los judíos fuesen dados por esclavos, confiscándoseles ademas sus bienes para que sintiesen mas el trabajo con la miseria, y arrebatándoseles sus hijos luego que llegasen á la edad de siete años para educarlos conforme á las prácticas cristianas.

En el reinado de Witiza se deshizo toda esta obra.

Los judíos volvieron á España y adquirieron alguna mayor preponderancia de la que habían perdido, y cuando llegó el desastre de Guadalete, los judíos únicamente recordaron que eran odiados de los cristianos, y no esperimentaron el sacro fuego del amor patrio.

Vino el tiempo de la reconquista, y los judíos comenzaron á ser admitidos en las ciudades conquistadas, dedicándose al comercio y á la industria de que mas tarde fueron verdaderos monopolizadores porque los dejaban solos al efecto, si bien su condicion social y aun legal jamás llegó á compararse á la de los cristianos, merced al odio que al pueblo se inculcaba contra los hebreos, y que por primera vez se mostró en las célebres matanzas de Toledo contra los pobres hebreos, acaecidas el 14 de agosto de 1108, que el rey don Alonso no pudo ó no quiso castigar, como exigían la razon y el derecho de los ofendidos.

Lo mismo en el *Fuero viejo* que en las *Partidas*, está patente la tolerancia que se tenía con los judíos; pues si bien se ponía coto á los desmanes que pudieran cometer, so pretexto de religion, se les autorizaba para reedificar sus sinagogas, mandando se respetasen sus costumbres y ceremonias. Cítase como notable la siguiente cláusula de la ley 6, título 24, Partida 7.^a

«Otro mandamos que despues que algunos judíos se tornaren cristianos, que todos los de nuestro señorío los honren é ninguno non sea osado de retraer á ellos, nin á su linaje, de cómo fueron judíos, en manera de nuestro, é que hayan sus bienes é de todas sus cosas, partiendo con sus hermanos, heredando lo de sus padres é de sus madres é de los otros sus parientes, bien asi como si fuesen judíos; é que puedan haber todos los Oficios, é las honras, que han todos los otros cristianos.»

A ochocientas cincuenta y cuatro mil novecientas cincuenta y una ascendía el número de almas que formaban la población judaica á fines del siglo XIII y principios del XIV, segun el *repartimiento ó padron de Huete*: pagando á los cabildos y preladados la suma de 2.564,855 maravedises, equivalentes á 25.648,500 dineros de la moneda antigua.

Andando mas los tiempos fueron los judíos ó ayudadores de los grandes ó auxiliadores del erario, pero siempre estuvieron envueltos, como todos los que algo valían y algo significaban, en tramas y conjuraciones, que cuando se descubrían los hacían mas aborrecibles al pueblo los que interés tenían en ello. Los judíos eran los únicos que comprendían la ciencia del comercio, siendo los exclusivos dueños del giro y de la banca. Es decir, que formaban el comercio de la alta banca, disponían de las rentas públicas de que en general eran administradores y esto bastaba para atraerles, aparte de su condicion, las iras del pueblo que pagaba y de los grandes á quienes prestaban gruesas sumas. Es decir, que el pueblo los miraba como esquiladores de su sudor, y los grandes como redomados usureros.

Don Iusaph en el reinado de Alonso XI y *Samuel Levi* en el de don Pedro I de Castilla, son vivos ejemplos y palpables demostraciones de lo que se acaba de indicar, y de la proteccion de los reyes á los judíos.

En la guerra civil del reinado de este último sostenida contra don Enrique el Bastardo, pudo notarse que mientras que los judíos entregaban á este último la ciudad de Sevilla, eran cruelmente asesinados sus compañeros por otros partidarios de don Enrique en Toledo, pereciendo unos doce mil judíos por el fuego y el hierro, víctimas de su lealtad al legítimo monarca.—Vencido y muerto este, quedaron los judíos espuestos á las iras de los vencedores, y estas iras se sucedieron sin intervalo hasta el punto de que se concitase al pueblo desde el púlpito contra los infelices judíos.—Esta conducta dió su fruto.

En 1379 en tiempo de Enrique II sufrían los hebreos de Sevilla una horrible matanza, pareciendo que había sonado la hora tremenda de su esterminio, y sin que para los que sobrevivieron hubiese justicia contra los perpetradores de semejantes crímenes: lo cual siendo ejemplo de impunidad, tuvo funesto eco en las juderías de Burgos, Valencia, Aragon, Barcelona, Córdoba y Toledo, robando y saqueando la muchedumbre las casas y tiendas y dando muerte á cuantos hebreos de cualquier condicion encontraban.

Las industrias y el comercio se resintieron bien pronto

de estos desastres, y España entera experimentó la paralización en el desarrollo de la riqueza.

En el siglo XV se fue estrechando el círculo en que ya se veía comprimido el pueblo hebreo y el ordenamiento de Valladolid de 2 de enero de 1412, no tenía otra tendencia lo mismo que la bula de 11 de mayo de 1415 que reducía al último extremo al pueblo proscrito, como que se le prohibía; cosa rara! hasta la lectura del TALMUD en público ó en secreto; obligándoles entre otras cosas á llevar en sus vestidos cierta divisa de color encarnado y amarillo, los hombres en el pecho y las mujeres en la frente, que despues se llamó *Aspa de San Andrés*.

Narrar las peripecias que la causa de los judíos siquiera en tiempos de don Juan II y de don Enrique IV, fuera tarea prolija. Cuando se les necesitaba, echábase mano de ellos y despues venian contra ellos los anatemas de los concilios y las iras de los grandes y las terribles matanzas del pueblo, á quien se enseñaba que debia tratarlos como fieras y animales dañinos. ¿Qué hay de extraño cuando se ven conatos de venganza por parte de los hebreos? Por ventura no eran hombres?

Con los Reyes Católicos vino la Inquisicion, tribunal de fe que sirvió ESCLUSIVAMENTE como arma política y vino tambien luego como digno corolario del decreto de 1480, el de 31 de marzo de 1492, que condenaba á la espatriacion á todas las familias hebreas que moraban en los dominios españoles dándoles el solo plazo de cuatro meses para salir de España si obligándolos en otro caso á recibir el bautismo. Prohibióse que sacaran cosa alguna del país, pero es lo cierto que á pesar de las prohibiciones del edicto y de la exquisita vigilancia que se observó en su cumplimiento, los judíos sacaron de España inmensos tesoros que no han vuelto á formar parte de su riqueza pública.

No hay conformidad de pareceres en el número de los expulsados, pero se cree que salieron de Andalucía tres mil familias, de Leon veinte y siete mil, de Zaragoza treinta mil; de Ciudad-Rodrigo y el Villar veinte mil; de Valencia de Alcántara y Montalban quince mil; de Badajoz y Yelves diez mil. Total ciento cinco mil familias que se dirigieron gran parte al Africa, otros á Grecia y Asia y no pocas á Nápoles.

Los motivos que para esta espulsion se alegaron entonces y se han alegado despues, se reducen á que esta medida era reclamada por la opinion pública, por la tranquilidad y seguridad del Estado, y aun por la de los mismos expulsados.

Nadie menos que los Reyes Católicos debian haber usado de semejante lenguaje; pero hay que considerar que la espulsion de los judíos de España fue la necesaria consecuencia del establecimiento de la Inquisicion, ó lo que es lo mismo, la práctica del sistema de intolerancia que entonces comenzaba á desarrollarse por el fanatismo y por la ignorancia.

Y en verdad que semejante medida no podrá nunca ser tenida como base de gloria política para ningun hombre de Estado.

MIGUEL MATHET Y GONZALEZ.

COSTUMBRES DE MADRID.

ENTIERRO DE UNA NIÑA.

Voy á pintaros un entierro, pero en mi cuadro no habrá colgaduras enlutadas, túmulos medrosos, lúgubres blandones; ni el tremendo *Dies iræ*, cayendo desde el coro de la iglesia, con las demás pavorosas palabras del oficio de difuntos, vendrá á unirse al tañido lastimero de las campanas, para sobrecoger de espanto vuestros corazones.

Es una tarde de otoño, á la hora en que es mas melodioso el gorgojo de los ruisenores, en que el sol se hunde detrás de las montañas, y en que el céfiro desprende las hojas amarillas de los árboles y los últimos pétalos de las flores.

Van á dar sepultura á una niña... ¡Feliz mil veces ella, que cruzó el mundo como una avecilla, sin mancharse las alas purísimas, y sube al seno de Dios, como el eco de una oracion, como la fragancia de una azucena!

Estoy en la calle de Toledo, entre pobres mujeres del pueblo, traginantes que acaban de arreglar las cargas para principiar su viaje, vendedores y curiosos parados en las dos aceras, artesanos que han concluido el trabajo del día, y tal cual carretero ó ginete, que se dirigen al campo. En la plaza de la Cebada reinan la animacion y algazara de siempre.

¿Queréis saber ahora quién era Consuelo, esa dulce criatura, que duerme en su atahud, lleno de flores, como una alondra en su nido?

Os lo van á decir conocidos de sus padres y compañeros de su infancia, no con los adornos de una pomposa narracion, sino con exclamaciones y palabras que sorprenderé, sin duda, en el tránsito; exclamaciones y palabras, mas que desaliñadas, mas que humildes y mas que vulgares, ordinarias y toscas, pero salidas del fondo del alma, y que herirán tal vez las fibras sensibles de vuestro pecho.

El órden de la comitiva es el siguiente: primero, un grupo de niños de uno y otro sexo; en seguida, el padre de la difunta; detras, la abuela, en cuya casa enfermó

y falleció Consuelo, y de la cual fueron á sacarla para conducirla á la última morada; luego, cuatro niñas, llevando el féretro; y por último, varias mujeres, con criaturas de pecho al brazo y de la mano.

Las niñas cantan:

Adios, palomita blanca,
adios clavelito y rosa,
nosotras no te olvidamos,
acuérdate de nosotras.

Una corona de rosas blancas y de siemprevivas, ciñe la frente, pálida como la cera, de Consuelo, con arreglo á lo que previene la Iglesia... *et imponitur ei corona de floribus, seu de herbis aromaticis, et odoriferis, in signum integritatis carnes et virginitatis*; esto es, y «llevará (el que muere antes de la edad de la razon) corona de flores, ó de plantas aromáticas y odoríferas, en señal de integridad de la carne y de virginidad.» Un vestidillo blanco, á manera de túnica, sirve de mortaja á sus miembros delicados, y blancas son tambien las coronas y los vestidos de las inocentes compañeras que la conducen.

El rostro curtido del padre revela honda y amarga resignacion; amarga, sí, pues por grande que sea la fortaleza de un hombre para resistir las desgracias todas que puedan sobrevenirle en la tierra, cuando la muerte apaga con su helado soplo la existencia de un ser tan entrañablemente amado como un hijo, el dolor llama inexorable con furiosos golpes al corazon, y lo desgarrá, y lo despedazá, y el corazon gime con terrible gemido, con un gemido que nunca resonó igual en el arpa de ningun poeta, y que Dios tendrá en cuenta, para descargo de culpas y de iniquidades, en el día de los castigos y de las recompensas.

¡Qué vocerío en la calle! ¿Cuánto mejor no serian el silencio, la soledad y el recogimiento, para contemplar esta sencilla y patética escena? Pero recordad que estoy en la calle de Toledo, y precisamente á una de las horas en que mas resalta el carácter peculiar de esta parte de la poblacion. Ademas, tambien lo profano tiene á veces poesía, en medio de lo religioso; la alegría de la vida es la luz, es el claro que me faltaba para dar el tono conveniente á mi cuadro: un cuadro formado solamente de una masa de sombra, sin un rayo que lo ilumine, seria un cuadro informe, ó por mejor decir, no seria cuadro; la verdad de los contrastes, por mas que estos se escluyan, en apariencia, unos á otros, son el alma de toda creacion artística.

La primera conocida que veo, hablando con una vieja que lleva un cestó á la cabeza, es Juana, la melonera, capaz de espetar una insolencia al lucero del alba, pero con un corazon de oro; de manera, que realmente es una buena muchacha; la vieja es la tia Calandria, muy locuaz, muy pobrecita, como el ave de su apodo, é igualmente conocida en *tó el mundo y mas*, segun ella dice; el mundo de la tia Calandria está reducido á la calle de las Velas, la de Santa Ana, un pedazo de la de Toledo y algun trozo de otra media docena de ellas. Aparece Tomasillo, limpiándose las narices con la vuelta de la manga de la chaqueta, y calado de agua hasta los mismos huesos.

Juana. (*gritando*), ¡Tomasillo! ¡Jesús! si está *enpeccado*! si un día me lo van á traer muerto á casa!

Caland. ¡Calla, hijo, sí, al verle, me he quedao sin pinta de sangre!

Juana. ¿Quién te ha puesto asin, rey de España? Dímelo, que soy capaz de pegarle una puñalá.

Tomás. ¿Qué quién me ha ponido asin? (*rascándose una oreja*). Pues ahora no me da la gana de decirlo.

Juana. (*Coge una vara y se levanta para sacudir al chico*). ¡Narices! ¿No quies decírmelo? ¿Qué repiquísima virgüenza! Aguarda un poco, mal cria... si no paece hijo mio!

Caland. No echas á nadie la culpa; él mismo se cayó de cabeza en el pilon de la fuentecilla al ir á poner el hocico en el cañuto.

Tomás. Mentira, tia Calandria, que jué por trepar.

Juana. ¿Y quién te ha sacao del pilon?

Tomás. El tío Cané.

Caland. ¡Qué repillo de tío! le sacó por las orejas, diciéndole á tos los presentes que habia pescao un Salomon.

Las niñas cantan, conforme van andando:

Adios, palomita blanca,
adios clavelito y rosa,
nosotras no te olvidamos,
acuérdate de nosotras.

Unos arrieros se quedan mirando el puesto de Juana.

Juana. (*pregonando*) ¡De Chinchon! ¡A cala! ¡Como azúcar!

Uno de los arrieros coge un melon, lo toma á peso, lo huele, y dice:

Arriero. ¿Cuánto vale esta pieza?

Juana. Dos riales.

Arriero. Como estos los dan en mi tierra á seis cuartos.

Juana. ¿De veras?... ¡qué redió! pos diga usted que le envíen uno por telegrájo.

Los arrieros vuelven la espalda, y se van.

Juana. (*pregonando*) ¡A cala! ¡á cala!

Tomás. (*saltando*) ¡Mare, ya viene! ¡ya viene!

Juana. ¿Quién viene?

Tomás. El entierro de Consuelito, que se ha morido.

Juana. No sé quién es esa Consuelito.

Caland. ¿Ahora te desayunas con eso? ¡La chiquilla del Remellao, el arbañil! ¡Si no se habla de otra cosa en to Madrid y en el barrio de San Millan! Sa muerto de repente.

Juana. Pues si hace tres días estuvo jugando con Tomasillo á la gallina ciega.

Tomás. ¡Toma! y á las cuatro esquinas, y hacíamos meriendas juntos.

Juana. ¡Hija, lo qui semos! ¡Cómo estará la Remellá! ¡probecilla!

Caland. ¡Considera! No tenia mas hijos que esa pajari-ta, y la queria mas que á las niñas de sus ojos. Como yo soy... vamos al decir, curiosa... pues...! ya me entiendes; me puse á escuchar á la puerta de la casa de la agüela; ¡hija, y daba la Remellá unos gritos, y le cogió un cuajo que aquello era cosa de partirse las piedras al oirla!; yo, y tos los cercustantes, llorábamos tambien á moco tendido; ella se conocia que au-blaba con el caláver de la defunta... ¡hija, y le decia unas cosas! ¿Cómo le decia?... Calla, á ver si me acuerdo... le decia... «espejo de mi cara, ... lucero mio, ... pedacito de mis entrañas... ya no te golveré á ver en jamás de los jamases... ¡tanto como me costó criarte!... aquí me quedo solita, sin arrimo, como un árbol sin sombra... porque tú llenabas mi casa... alegría de mis ojos...» Y á todo esto, empeñá en que se queria morir. Hija, la tuvieron que sacar de allí á la fuerza y llevársela á su casa. Calle usted, calle usted por Dios, tia Calandria, que me ha puesto de mal humor... ¡Como una es así... tan!... ¡Jesús! creo que si se me muriera mi Tomasillo, me tendrian que llevar á Leganés.

Juana. Calle usted, calle usted por Dios, tia Calandria, que me ha puesto de mal humor... ¡Como una es así... tan!... ¡Jesús! creo que si se me muriera mi Tomasillo, me tendrian que llevar á Leganés.

Caland. Te digo, Juana, que sino me desaparo de allí, me da un no sé qué, porque me acordaba de la mia que esté en gloria. Solo la que los pare y los cria á sus pechos, sabe lo que una sufre cuando se le va un hijo.

Juana. Tomasillo echa á correr hácia la comitiva, que se va acercando al puesto de melones. ¡Chico! ¡Tomasillo! Sí! ¡échale un galgo! El caso es que está hecho una sopa.

Caland. Déjale, tonta, que asin se crian fuertes y regustos; ya le dará el aire, en cuantis salga al campo.

El entierro se detiene en medio de la calle. Las niñas que conducen el féretro, lo dejan en el suelo, y formando parejas con las demás del acompañamiento, principian á cantar y á danzar en torno de la muerta, al son de panderetas y alegres castañuelas.

Esta costumbre, que todavía existe, aunque va cayendo en desuso, en lo que se llama barrios bajos de Madrid, y en varios puntos de provincia, y que, mas que cristiana, parece un resto, una reminiscencia de las ceremonias con que se celebraban los funerales en algunos pueblos paganos, no deja de tener su filosofía, y la Iglesia misma saluda con júbilo la ascension del alma de los niños al cielo, puesto que previene que en sus exequias no se toquen campanas, y si se tocan no sea en son lúgubre, sino de fiesta: *Non pulsantur campanæ: quod si pulsantur, non sono lugubri, sed potius festivo pulsari debent*, ordenando, asimismo, que el sacerdote se ponga sobrepelliz y estola blanca; *et parrochus superpelliceo, et stola alba indutus* (1).

¡Feliz mil veces, repito, el niño que muere, porque ha cruzado el mundo como una avecilla, sin mancharse las alas purísimas, y sube al seno de Dios como el eco de una oracion, como la fragancia de una azucena!

Zeá lo ha dicho en su tierna aureola á la muerte de una niña: el alma de esta descende del cielo, y uniendo su rostro al de su padre y al de su madre, les canta al oido:

«La vida es amarga,
»La tierra una cárcel
»Sombria del alma,
»La gloria una flor.
»¡Dichoso el que muere
»Cuando la mañana
»De la vida asoma,
»Y al zenit avanza
»Cuando á oriente el sol!»

Las niñas siguen cantando y danzando alrededor del féretro, al cual acude multitud de curiosos. Tomasillo que, por su poca estatura, nada ve, no pudiendo reprimir su impaciencia, se mete en medio del corro, colándose como un raton por entre las piernas de un asturiano, que con la boca abierta y la cuba al hombro delante de él está; y despues de brincar tambien como los demás, da un beso en la frente á la muerta, y se queda serio y pensativo, adivinando sin duda con su

(1) Entre los antiguos griegos, era costumbre seguir al cadáver entonando himnos fúnebres al son de flautas, y entre los romanos, los cantores abrian la marcha, y les seguian á corta distancia histriones y bailarines.

instinto infantil, que nunca volverá ya á jugar con ella á la gallina ciega y á las cuatro esquinas, ni harán mas meriendas juntos.

Un cuarto de hora despues, el entierro torna á ponerse en marcha.

Al llegar junto á la calle de Calatrava, sale de la acera al arroyo de la de Toledo, en camisa, hozando, mas que comiendo, un melocoton, un amigo de Tomasillo, redondo como una bola, colorado como un tomate, y con mas moco que un acha de cera cuando se corre; el cual, aproximándose á aquel, le pregunta:

—¿Adónde vais?

—A llevar al cielo á Consuelito.

—¿Quiés que vaya tambien yo?

—Por mí, güeno... ¿me das un cacho de malacaton?

—El *rosero*, nombre del vendedor de ojaldres, grita:

—¡A cuarto rosas, niñas hermosas! ¡ay, qué ricaas! ¡á las calientes! ¡á cuarto, á cuarto!

El chiquillo desnudo, que se ha hecho el sordo á la peticion de su amigo, á quien sigue los pasos, le pregunta:

—¿Dan rosas en el cielo?

—¡Ya lo creo! mi agüela me dice á mí que como sea güeno he de ir al cielo, y que allí reparten confites, y arbellanas, y cañamones tostaos, y arroz con leche, y miñuelos, y un cordero con cintas y todo en los cuernos y en el rabo; pero que si soy malo, el demonio me agarrará por los pelos con sus uñas, y me echará en las calderas de Pedro Botero.

El muchacho gloton abre unos ojos como duros de á veinte; el asombro y el miedo le dejan estupefacto, al oír las últimas palabras de Tomasillo, tiembla como un azogado, y luego escapa hácia donde está su padre.

Las niñas cantan:

Adios, palomita blanca,
adios, clavelito y rosa,
nosotras no te olvidamos,
acuérdate de nosotras.

A pocos pasos del entierro, un mozo cae del burro en que cabalga, y los parroquianos de una taberna inmediata, que están *refrescando* á la puerta, celebran el caso, como siempre suelen ce-



ABD-EL-KADER. (DE FOTOGRAFIA.)

lebrarse casos tales, con risa y chacota.

Uno le dice:

—Mira, cuando cenes la liebre que acabas de coger, guárdame una presa.

Otro observa:

—¡Por eso es malo viajar en ferrocarril!

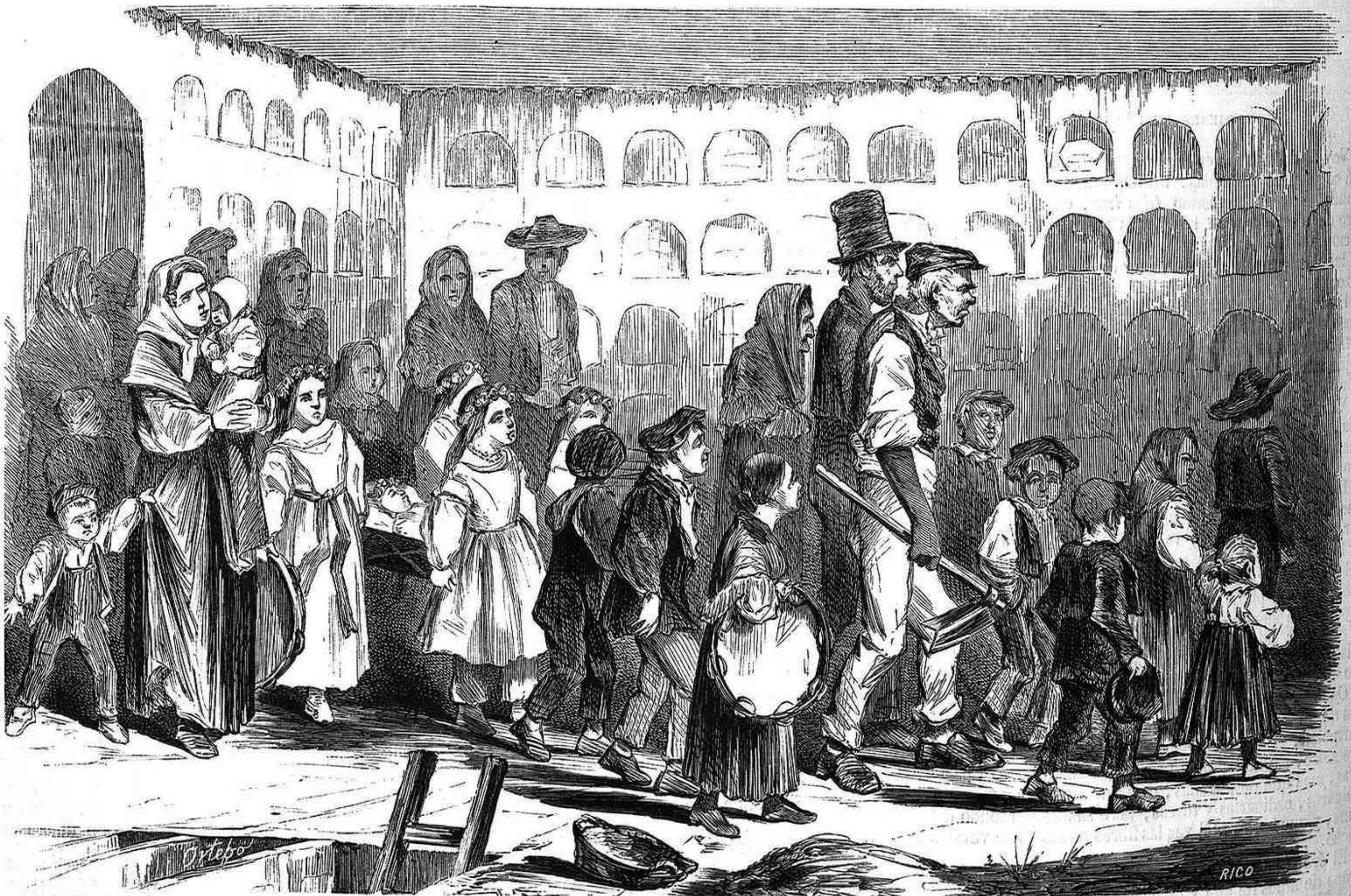
Y un tercero añade:

—¡Chicos! ¡tilimundis! ¡aquí verán ustés el salto del trampolin!

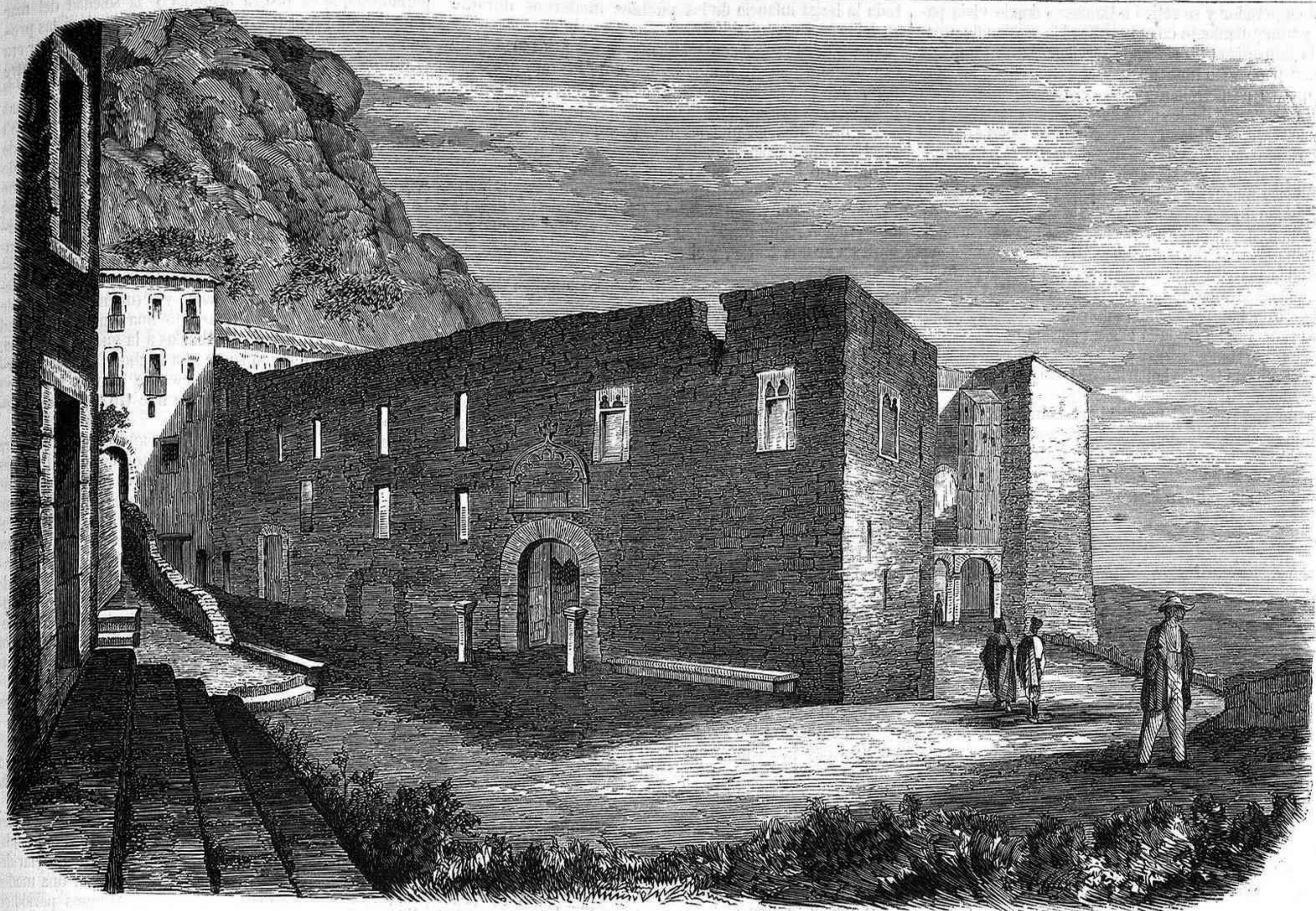
A corta distancia de la puerta de Toledo, el padre de la difunta vuelve tristemente los ojos hácia una casa de ruin aspecto, en cuya puerta se ha reunido una porcion de gente de la vecindad. En el cuarto bajo de esta casa vivia Consuelo, y allí está su pobre madre, inmóvil, acurrucada en un rincón de la sala, con los ojos hinchados á fuerza de llorar, y fijos en un objeto que en las manos tiene y que lleva á menudo á sus labios, besándolo con el delirio de una loca. Este objeto es un rizo de la dorada cabellera de su hija, que llamaba ella *manojito de flores*, y que le recuerda todas las delicias de tiempos mas felices, y todos los encantos de la celeste criatura.

Esta honrada y débil mujer del pueblo, que, por proteger y salvar á su hija, no hubiera vacilado un momento en matar y en perder hasta la última gota de sangre de sus venas, desplegando la fuerza de una leona á quien roban sus cachorros, permanece ahora postrada como si la hubiese herido un rayo, insensible á todo lo que la rodea, menos á lo que ha pertenecido á su hija adorada: los juguetes, los vestidos, la sillita, los zapatos, la cama, los toscos muñecos de carton y de barro, todo parece dotado de vida, y de palabra, y de movimiento, para sonreírle, y hablarle, y despedazarla con cien horribles martirios; abismándola en tan íntima, en tan inexplicable, en tan honda angustia, que involuntariamente recuerda las sublimes palabras de María al pié de la cruz: *O vos omnes qui transitis per viam, attendite et videte si est dolor, sicut dolor meus*; ¡oh, vosotros, los que pasais por el camino considerad, y ved si hay dolor que á mi dolor iguale!

No, no hay dolor comparable al de una madre que pierde un hijo.



COSTUMBRES DE MADRID.—ENTIERRO DE UNA NIÑA.



MONTSERRAT.—ANTIGUO RECINTO Y ENTRADA DEL MONASTERIO.

Las niñas cantan :

Adios, palomita blanca,
adios clavelito y rosa,
nosotras no te olvidamos,
acuérdate de nosotras.

El entierro sale por la puerta de Toledo. El crepúsculo de la tarde baña con su luz suave la llanura, y los cerros vecinos arden coronados de penachos de fuego, que iluminan con fantásticos reflejos los bosquecillos del Canal y

las márgenes del Manzanares. El río suspirando, el gorgjeo de los ruiseñores, las hojas amarillas de los árboles, desprendiéndose al beso de las auras, y los últimos pétalos de las flores doblándose mustios, parece que despiden con su tristeza á la que otras veces saludaban con su alegría. También yo la despidió á la entrada del puente de Toledo, con ayes de mi alma, y vuelvo á Madrid lleno de melancolía y con lento paso.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

ABD-EL-KADER.

Una de las figuras mas nobles que han descollado en los tristes acontecimientos de Siria, y la única entre los musulmanes que ha mostrado sentimientos de humanidad, unidos á un gran valor y á una rara energía, ha sido el emir Abd-el-Kader, cuyo retrato damos en este número. Todos recuerdan el nombre de Abd-el-Kader, célebre



CARACTERES DEL ARTE.—BAJO-RELIEVES DE LA CATEDRAL DE BARCELONA.

en las guerras que para la conquista de Argel ha sostenido por espacio de treinta años la Francia. Hijo de un morabito, de carácter guerrero y de educación religiosa, uniéndose á un indomable valor la fe en sus creencias y la moralidad en sus acciones, cuando vió á su patria invadida por el extranjero tomó las armas, predicó la guerra santa, y reunió en torno suyo á todos los defensores de la independencia de su patria. Por espacio de diez y siete años, mientras tuvo alguna esperanza de éxito y soldados con quienes contar, sostuvo Abd-el-Kader el campo haciendo una guerra de sorpresas, de emboscadas, presentando alguna vez grandes masas, y desplegando dotes que en otras circunstancias, en otro pueblo y con otra

clase de elementos, le habian valido el dictado de gran general. Solo cuando una á una le fueron faltando todas las tribus, y cuando él mismo se vió cercado, sin esperanza de salvacion, cedió, estipulando antes con el general Lamoriciere á quien se entregó prisionero, que se le permitiera pasar á residir en el país musulman que eligiese, no siendo Argel ó Marruecos. Esto pasaba en 1847: el emir con su familia fue conducido á Francia; pero el gobierno de Luis Felipe, desdeñando la palabra que el general Lamoriciere habia empeñado en su nombre mandó encerrar al emir en el fuerte Lamalgue, á pesar de sus reclamaciones y protestas. Esto, si no hace honor al gobierno francés de aquella época, muestra por lo me-

nos la opinion que habia alcanzado Abd-el-Kader entre sus enemigos, los cuales le creian bastante importante y peligroso para prescindir de la palabra empeñada. La república de 1848 no tuvo tiempo de pensar en aquel noble enemigo que se consumia en su encierro, ó quiso seguir la política de Luis Felipe, á quien habian servido los principales jefes del nuevo orden de cosas. Solo cuando Napoleon subió al trono se vió libre Abd-el Kader, gracias á la inspiracion personal de Luis Napoleon que dió la orden como da otras muchas sin consultar para nada á sus ministros. El emir puesto en libertad, renovó sus ofertas de vivir tranquilo, pasó á París, visitó los establecimientos públicos, dió personalmente las gra-

cias al emperador y se retiró á Damasco donde vivía pacífica y tranquilamente cuando le llegó la ocasión de prestar á la humanidad un señalado servicio. Al oír los gritos del feroz populacho mulsuman y al enterarse de los horrores que se perpetraban en los cristianos, salió de su casa y rodeándose de los argelinos que con él viven y le respetan siempre como su jefe, recorrió las calles salvando aun á riesgo de su vida millares de víctimas, multiplicándose, por decirlo así, apareciendo donde el tumulto era mayor y mas terrible, combatiendo por la humanidad y ofreciendo un asilo en su casa á todos los desgraciados. A su solicitud y á sus esfuerzos debieron la vida mas de tres mil personas de todos sexos, edades y condiciones entre ellos los cónsules y agentes de la mayor parte de las potencias europeas, hermanas de la Caridad, padres misioneros y honrados comerciantes.

La Francia le ha enviado el gran cordon de la órden de la Legion de Honor y otras potencias cristianas le han condecorado con títulos honoríficos. Otro tanto ha hecho el sultan Abdul-Medjid.

Por nuestra parte al tributarle el homenaje de gratitud que le es debido por su noble conducta, unimos nuestra voz á la del *Irrurac-bat* de Bilbao para pedir al gobierno que se apresure á enviarle la muestra de aprecio y distincion que tan bien ha sabido merecer.

**

CARACTERES DEL ARTE, Y ESPECIALMENTE DE LA PINTURA, EN LOS DIFERENTES SIGLOS DE LA EDAD MEDIA.

I.

Sabido es que la traslacion del imperio romano á su córte oriental, produjo un gran cambio en las instituciones, en las costumbres y generalmente en todas las artes santuarías.

El esceso del lujo á que los pueblos decadentes se abandonan, ha crecido á la sazón por la ostentacion grecoasiática, y el gran cambio de ideas que hubo de producir en diverso concepto la nueva religion abrazada por Constantino, engendraron aquel gusto entre viejo y nuevo, bárbaramente fastuoso y groseramente magnífico, autorizado por los artífices imperiales en Constantinopla, Roma, Rávena y otras ciudades de Italia, y propagado despues á las naciones que tenían relacion mas ó menos directa con el imperio, las cuales en la córte bizantina miraron por largo tiempo el centro de toda civilizacion.

Sin embargo, no tardó cada pueblo en apropiarse, modificándolas, las tradiciones recibidas, y conspirando á ello aunadamente exigencias de raza y de hábitos, de situacion y hasta de clima, el arte bizantino, sin perder sus genuinos caracteres, esto es, el pleno cintro, la bóveda, el sistema de voluciones y sobreposiciones, la ornamentacion lazada ó folicante, la decoracion espléndida y la iconotopia simbólico-convencional; fue segregándose en varias ramas ó familias que segun su respectivo lugar de aclimatacion tomaron los nombres de *lombarda*, *carlovingia*, *normanda*, *sajona*, *sueva*, *arábiga*, *germánica*, etc., etc., todas bizantinas en el género, pero caracterizadas en especie, esta por su esbeltez, aquella por su gravedad; una por pomposa, otra por sencilla; la de mas acá por veleidosa y profana, la de mas allá por severa, religiosa y llena de misterio.

El gusto bizantino propio á su vez, conservó las formas matrices, y las conservó con tal entereza, que aun hoy dia las iglesias orientales sus herederas, labran y proceden casi como en tiempo de los Justinianos y Comnenos, de tal manera que las pinturas de los monges rusos y de los religiosos del monte Athos, llegan á confundirse con aquellos dípticos y trípticos peculiares del bajo imperio, cuyos bien conocidos rasgos y formas de convencion han consagrado como una especie de rito.

El carácter dominante de las producciones de una y otra escuela bizantina, que podríamos llamar *oriental* y *occidental*, fue siempre un remedo bastardo de la antigüedad, como lo era de los Césares el imperio de los Pórfirogénitos. Aquella, sin embargo, afecta de mas cerca la propia simetria en la composicion, su accion en gestos y ademanes, su rotundidad en las formas, su soltura en los ropajes, y su efecto en el claro-oscuro, pero con rijidez tan grosera y convencionalidad tan absurda, que muestra completa ausencia de los principios estéticos mas triviales.

No menos rudos segun se puede colegir, fueron los ensayos del arte bizantino *occidental*, reducidos originariamente á la imitacion de otro ya degenerado; así que, sus primeras creaciones apenas salen de la esfera rudimental; mas descartándose en breve de la inamovilidad de su modelo, aunque con lejanas semblanzas hasta la definitiva emancipacion del genio de la edad media, tomó un vuelo inesperto y vacilante si se quiere, pero deliberado y resuelto, que le condujo á regiones de elevada especulacion, preparando dignamente el sublime desarrollo del estilo ogival.

Esta segunda fase del arte bizantino abraza un período de siete siglos, desde el VI al XII inclusive, ó sea

toda la larga infancia de los pueblos modernos durante su laboriosa organizacion.

Como tales épocas con nada favorecen á las artes, no es extraño progresaran muy lentamente las que nos ocupan, máxime si nos ceñimos á estas partes, donde el progreso era mas difícil y la elaboracion mas prolija.

No obstante, en muchas de las creaciones gráficas ó plásticas de ese período, las formas apenas trazadas por el cálamo ó indicadas por el cincel, á vueltas de su imprescindible tosquedad, muestran tal sabor cándido é ingenuo, místico y sentimental, tal fuerza de intencion y observacion, que envuelven la iniciativa del ingenio, la sintesis de una teoría, y el germen de una idea grande y poderosa.

Verdad es que aun las obras mejores ofrecen dislates garrafales, chocantes contrasentidos, indecisiones pueriles, incorrecciones mas que sobradas. En las gradaciones no hay cálculo; en la perspectiva no hay reglas; las figuras son escurridas ó rechonchas, parásitas, mecánicas, sin proporcion en sus miembros, sin movimiento en sus facciones, cuyo aire azorado ó absorto es por lo comun ageno aun al mismo sentimiento que se idea expresar. Brazos y piernas sufren extrañas contorsiones, porque se ignora el arte de los escorzos; una pirámide de cabezas simula reuniones de gentes, porque se desconoce la ciencia del agrupado; largos rótulos salidos de boca de los personajes, traducen la escena, porque se ignora el lenguaje de la espresion y el sentimiento, finalmente, en el todo y en sus partes hay inconexion y defectos, porque aun no se conoce la teoría del arte, ni se poseen sus grandes recursos.

Generalmente los colores son chillones, las tintas sin combinacion ni matices; un simple perfil indica bruscamente los contornos, y el efecto de luz y sombra se reduce á caprichosas plumadas ó brochazos de blanco y negro, con ligeros toques de oro.

Sin embargo, lo repetimos: en estas cándidas producciones hay intencion, hay vida, hay espontaneidad: en medio de su pobreza de manifestacion, déjase traslucir un impulso fecundo, una lucha secreta entre la cabeza y la mano, que en vivos y originales contrastes de osadía é inespencia, va operando una trasformacion radical gradualmente señalada por ventajosos ensayos y resultados mas ó menos felices.

Así, al paso que el artista oriental cada dia se concentra mas y mas en el círculo de sus inamovibles teorías, el occidental, sacudiendo la ominosa coyunda, busca nuevas inspiraciones en sus propios alientos, á la vez que procura beberlas en la que es fuente inagotable de ellas, la pródiga naturaleza. De ahí esa abundancia de pormenores, chavacanos ó risibles á menudo, que grotescamente pululan en lugares los mas santos y en trabajos los mas serios de la época bizantino-ogival; insuperable revelacion del genio que pugna por mostrarse y que se acoge á la mas humilde repisa ó á la mas pequeña faceta y coronacion, para ostentar casi siempre sus arranques.

¿Quién no admiró en producciones á veces modestísimas de las artes del primer milenio, plantas y flores, reptiles y alimañas, accesorios de todo linaje naturales ó quiméricos, ejecutados con pasmosa verdad de imitacion alternados de agudísimas combinaciones en la parte ornamentaria, y de originalidades tan peregrinas en su estilo, que aun hoy sirven de tema á los modernos para interesantes esplicaciones? Y si en la reproduccion de la figura humana, como tarea árdua de suyo, nótese alguna mas dificultad, esas propias incorrecciones, la violencia de las posturas, la acentuacion de los semblantes y hasta el énfasis de la accion, vienen pregonando los buenos deseos del maestro, cuyo númen forcejea para sobreponerse á la debilidad de un proceder en su infancia.

(Se concluirá.)

J. PUIGGARI.

RECUERDOS DEL ECLIPSE EN BILBAO.

I.

En la mañana del 9 de julio ofrecia el abra de Portugalete un espectáculo animado y vistoso. Dos vapores salian del puerto, desplegadas al viento sus banderas en señal de fiesta, conduciendo una muchedumbre de curiosos, mientras una flotilla de lanchas y botes hacia fuerza de remos en la misma direccion, meciéndose al embate jugueton de la marejada.

La causa de todo este movimiento, era la llegada de una fragata de hélice de la marina inglesa, que habia echado el ancla á una milla de la barra, y lucia sobre el azul del cielo su airosa arboladura, descansando inmóvil en la agitada superficie del mar como si se desdeñara de obedecer al balance de las olas.

El telégrafo habia anunciado de antemano la hora de su recalada, y el noble buque, cumpliendo la palabra empeñada del hábil piloto, doblaba la Punta de la Galea en el tiempo prefijado. Se ignoraba su nombre, pero el ojo práctico de los marinos reconoció pronto su tamaño y belleza singulares. Al acercarse los vapores del puerto echaron todos de ver por comparacion sus grandes pro-

porciones que la propia armonía y la soledad del mar ocultaban al pronto; y cuando, respondiendo á las preguntas oficiales, declaró el comandante que su vapor era el «Himalaya», un murmullo de satisfaccion circuló entre los curiosos.

Es en efecto el «Himalaya» uno de los buques mas notables que surcan los mares (1). Construido en 1853 por la Compañía Peninsular y Oriental con objeto de conseguir con mas economía de combustible, aplicando el tornillo como propulsor, los ventajosos resultados que habian dado algunos vapores de paletas, como el famoso «Atrato», no tardó en pasar al servicio del gobierno inglés que le empleó como transporte en la guerra de Oriente, donde tanto se distinguió por la rapidez de sus viajes. Con el mismo éxito le ha empleado despues para llevar tropas á la India sublevada, y actualmente vuelve de Egipto, donde ha desembarcado una inmensa cantidad de pólvora y artillería, destinadas á la guerra de China. El «Himalaya», como se ve, ha hecho un papel importante en las grandes agitaciones de Europa y Asia en estos últimos años, y las olas de nuestro golfo deben tener orgullo en haberle mecido.

Pero ahora su mision no era de guerra. La Inglaterra no confiaba á su espacioso entrepuente aquellos temibles soldados que vencieron en Inkerman y Lucnow, sino que premiando sus pasados servicios con una recompensa altamente honorífica, le habia encargado conducir á las costas de Cantabria á sus mas respetados astrónomos, que venian á observar el eclipse de sol. Trasbordados al vapor «Nervion», en que salió á recibirlos el distinguido ingeniero Mr. Vignoles, los que se dirigian á las provincias Vascongadas, con los delicados instrumentos necesarios para sus observaciones, levó el «Himalaya», y con el resto de su preciosa carga continuó majestuosamente el rumbo á Santander.

La llegada de los astrónomos ingleses sirvió de nuevo y formal anuncio del eclipse de sol, contribuyendo á aumentar la curiosidad con que se le esperaba.

El Observatorio de Madrid habia publicado una Memoria, insertada antes en el *Anuario*, demostrando las principales circunstancias del fenómeno en España, é indicando los medios de apreciarlas que estaban al alcance del público en general; Memoria que llenó cumplidamente su objeto por la exactitud de los datos y claridad de su redaccion, distinguiéndose ademas por una modestia que honra á su entendido autor. Algunos periódicos copiaron su parte mas esencial, y publicaron otros artículos encaminados á ilustrar la opinion sobre el eclipse que se anunciaba.

Los aficionados pudieron examinar tambien el «mapa de la sombra proyectada por el eclipse de sol en España» trazado por el ingeniero Mr. Charles Vignoles, de reputacion europea, que dirige la construccion del ferrocarril de Bilbao á Tudela (2).

Acompañan á este interesante trabajo algunas observaciones que habrán contribuido oportunamente á llenar su objeto, que ha sido, como lo declara su autor, facilitar noticias seguras á los que desde el Norte viniesen á España por mar ó por tierra, con el fin de observar el eclipse, y no se propusieran pasar de la region recorrida por la sombra. Señala carreteras que conducen desde los puertos de la costa cantábrica y mediterránea situados en aquella, á los puntos del interior preferibles para la observacion del eclipse; los medios de trasladarse á ellos con mas comodidad; las mejores fondas. Contiene, en una palabra, las noticias mas interesantes y útiles para un viajero en las circunstancias propuestas, y no dudamos que habrá prestado un verdadero servicio á los muchos, sabios ó simples *turistas*, que el gran acontecimiento celeste ha traído á España.

Para que los aficionados pudieran saber qué circunstancias del fenómeno merecian especial atencion, Mr. Vignoles habia reunido algunos extractos de las observaciones hechas por varios astrónomos en el eclipse de sol de 1851, que terminan con una instruccion para mejor observar el del presente, redactada por Mr. Airy.

Al propio tiempo se da en esta Memoria noticia de los ferrocarriles españoles, construidos ó en construccion, que cruzan las provincias comprendidas en su mapa; noticia de interés permanente, y que, así como las que se refieren á carreteras, podrán consultar con fruto los viajeros que se propongan recorrer la parte de España comprendida entre los Pirineos y el Ebro, confiando en la declaracion de su distinguido autor que les promete completa seguridad en nuestros caminos, y regulares comodidades en el viaje.

Los malos recuerdos de épocas pasadas nos perjudican; la España de hoy es poco conocida y debemos mostrarnos agradecidos á los extranjeros que, como Mr. Vignoles, la describen con exactitud y hacen justicia á su rápido progreso en estos últimos años.

El observatorio de Greenwich habia publicado en un apéndice á su *Almanaque náutico*, el cálculo completo del eclipse. Los instantes que marca para sus principales

(1) Mide de popa á proa ó sea eslora, trescientos setenta y cinco piés ingleses (cuatrocientos seis y cuarto españoles), cuarenta y cinco de manga y cuatro mil toneladas de porte. Su máquina es de setecientos cincuenta caballos de fuerza.

(2) Map of the shadow-path thrown by the total eclipse of the sun on the 18th July, 1860 across Spain. By Charles Vignoles F. R. S. civil engineer and fellow of the Royal astronomical Society. London, 1860.

fases en Bilbao se diferencian de los que daba el observatorio de Madrid en un minuto próximamente; así, por ejemplo, Greenwich decía que el principio del eclipse tendría lugar en Bilbao á 1 h. 36' 26" (de su tiempo meridiano), el fin á 3 h. 58' 24"; y Madrid señalaba á las mismas fases 1 h. 35' 12" y 3 h. 57' 24". La duración de la total debía ser, según Greenwich, de 2' 6", y según Madrid de 2' 10".

El mapa de Mr. Vignoles indicaba para Bilbao una duración en la fase total de 2' 40", lo que ya difería bastante del resultado de los cálculos de aquellos observatorios. Hemos oído decir que esta diferencia provenía de que ese mapa fue dibujado en vista de los primeros cálculos de Greenwich, rectificadas después cuando ya no podía variarse el trazado de Mr. Vignoles.

Hay que advertir que los dos Observatorios mencionados no concuerdan en la situación de Bilbao. Greenwich le supone á 2° 42' 9" al Oeste de su meridiano, y á los 43° 10' 0" latitud Norte; y por los datos de Madrid está á 3° 4' 43" longitud Oeste de Greenwich y 43° 13' 0" latitud Norte.

Un entendido profesor del Instituto de Bilbao, que estaba preparándose para observar el eclipse, tuvo ocasión de comparar su cronómetro arreglado á tiempo medio de Bilbao con el del ilustre Mr. Airy, que daba el tiempo exacto de Greenwich, y de esta comparación se obtuvo, como resultado interesante, que los dos meridianos tenían una diferencia de 11' 50,8", ó lo que es lo mismo que la longitud de Bilbao respecto de Greenwich es de 2° 57' 42" Oeste, dato que se acerca al término medio de los que señalan los observatorios inglés y español.

Los resultados indirectos obtenidos al tomar alturas de sol con un sextante por el mismo profesor, á cuya amabilidad debemos estas noticias, le inducen á creer que la verdadera latitud de Bilbao se acerca á 43° 13' 50" Norte.

La observación directa del eclipse verificada en nuestro Instituto por varios de sus profesores ha dado, según se dice, tiempos que se aproximan mucho á los que anunciaba la Memoria del Observatorio de Madrid. Esperamos que aquellos señores publiquen el resultado de sus observaciones, en cuya exactitud tenemos particular confianza, para que sirva de comparación y estudio á los aficionados y sea al propio tiempo prueba de que tenemos en nuestra villa personas que cultivan las ciencias con provecho.

Los astrónomos ingleses se distribuyeron en varias estaciones. Algunos se dirigieron con Mr. Airy á Peves, cerca de Miranda. Los que desembarcaron en Santander se situaron en la línea de esta ciudad á Reinos y otros con Mr. Vignoles subieron á los altos países de Gorbea. Les acompañaba un notable fotógrafo de Londres cuyas vistas de algunas fases del eclipse y del país vecino á la estación hemos oído ponderar.

El telégrafo ha indicado ya un descubrimiento interesante acerca de las protuberancias, hecho por los observadores de Miranda. La comisión que pasó á la montaña se dedicó especialmente á observaciones meteorológicas no consintiendo el estado del cielo que se practicasen las astronómicas con la regularidad apetecida.

Mientras publican sus relaciones, que van ya apareciendo en los diarios extranjeros, y teniendo presente que es á veces curioso observar á los observadores, daremos algunas noticias, ya que no sea de todos, del eminente Mr. Airy, que se puede considerar como jefe de los astrónomos ingleses, y del Observatorio que tan hábilmente dirige.

(Se concluirá.)

ADOLFO ACUIRRE BENGOA.

La siguiente composición es un primer ensayo poético: el pensamiento es dulce y bello, y para animar á la joven poetisa insertamos sus versos en nuestras columnas.

LA INOCENCIA.

Al viento tendidos los blondos cabellos,
Húmedos y dulces los labios de rosa,
Sonrisa hechicera vagando por ellos,
Velando sus ojos los párpados bellos
Camila reposa.

La esbelta palmera que sombra y frescura
Le presta á la virgen de cuello nevado,
Se mece orgullosa al ver la hermosura
Que lánguida y casta, y cándida y pura
Dormita á su lado.

Las brisas que cruzan en giro amoroso
Se paran absortas en torno á la bella,
Y besan su boca, y en vuelo afanoso
Esparcen do quiera el hálito hermoso
Que se exhala de ella.

Las aves le cantan, la arrulla la fuente,
El claro arroyuelo refresca su sien,
Sus puros cristales reflejan su frente,
Camila parece durmiendo inocente

La imagen del bien.

Y durante el sueño de la niña hermosa
Un ángel la guarda que la dice así:
«Duerme descuidada, virgen candorosa,
»Descansa tranquila sin pena afanosa,
»Dios vela por tí.»

DOLORES DE FEDERICO.

Sigüenza, 26 de junio de 1860.

EL ÚLTIMO RECUERDO.

(CONCLUSION.)

—¡Hermano!—respondió el otro monge—¡hijo mio!—añadió—esta es la verdadera palabra, hoy es la primera vez que conozco claramente que el señor infundió en tí una de esas almas ensoñadoras, un alma de poeta, que yo había adivinado ya en tus miradas. La vehemencia de tu palabra es igual á lo impetuoso de tu imaginación; el deseo que hierve en tu pecho te ahoga y te hace exhalar quejas inútiles. Las fuerzas que habías de gastar en el trabajo, las gastas en una lucha esteril; tu alma se levanta demasiado alto y tiene que caer. ¡Pobre niño! ¿quién te ató á esta vida de soledad antes del tiempo en que se ha padecido bastante, para que este lugar y esta olvidada existencia nos sean queridos? En tu mirada humeda por las lágrimas que ocultas y que desconocidas emociones hacen salir á tus ojos, leo lo que pasa en tu corazón. El horizonte que se estiende ante nosotros, el que se descubre desde aquella elevada colina, te arrastra demasiado lejos; tú querrias recorrer el velo de rosa que las nubes tienden á lo largo de aquel mar de hojas, de elevadas cumbres, de torres que se pierden en el cielo, tú querrias volar lejos, muy lejos de aquí, y vivir en medio de aquel océano de luz con que tu imaginación de poeta baña todos los paisajes que deseas recorrer; pero la impotencia te ahoga, te sientes atado á este pedazo de tierra, en que te revuelves como una fiera en las redes que le aprisionan, y tus ojos se cierran, y tu corazón maldice todo aquello que debías amar en estos lugares.

—¡Padre mio! dejadme que os estreche contra mi corazón; pues vos sois el único que ha adivinado en mis ojos lo que pasa en mi alma, si, yo padezco, yo deseo huir de esta prisión en donde nadie, á escepcion vuestra, es capaz de sondar los mil horribles tormentos que hierven tumultuosos en mi pecho. ¡Ah! no en vano, padre mio, os he mirado siempre como el único apoyo que el cielo podía proporcionarme en esta soledad. Os ví que padecíais con vuestros recuerdos y me dije á mí mismo—él habrá sentido también la misma impotencia que me ahoga, él sabrá lo que es devorar en silencio un deseo, que está ya maldito, desde el momento en que nos dice su primera palabra.—Y desde entonces un lazo de dulce simpatía me unió á vos, os buscaba; vuestro aislamiento, vuestras meditaciones, nadie las respetaba tanto, como este pobre loco, que seguía vuestros pasos y pretendía aliviar las penas que deben pesar muy amargamente sobre vuestro corazón, cuando tantas lágrimas os hacen derramar. ¿Qué mano oculta me llevaba allí á donde vos íbais? ¿Por qué vuestra palabra era la única que tenía el poder de apaciguar en mi alma, el hervido tropel de locas ideas que me asaltaban de continuo?

—Esa mano oculta que nos unía, no es, hijo mio, mas que la desgracia. Solo el hombre dichoso y feliz puede rechazar al que sufre: los que padecen, pretenden casi siempre, aliviar con inútiles palabras, tormentos para los que, padeciéndolos ellos también, no hallan consuelo jamás. Yo también, yo también te veía con esa dulce simpatía que engendra el dolor entre aquellos que le sienten; conocí que tú eras de los que por estar demasiado cerca del cielo, debías sufrir como ninguno los tormentos á que vive sujeta la materia, y mi alma se inclinó hácia tí, y me dije—¡consolemos al que entra en la vida por el camino de las lágrimas!... y desde entonces empezó nuestra dulce amistad, que es para mí la última felicidad que puede, en la tierra, iluminar mi corazón, á la manera que ese sol de otoño, pálido y frío ya, baña con su rayo esta naturaleza espirante.

Y los dos monges guardaron de nuevo el silencio que habían observado durante su largo paseo, y se pusieron á contemplar las ondas serenas del Herbon, que saltaban y se llenaban de espuma en las quebradas de aquella orilla misteriosa. El rayo de sol temblaba sobre la superficie; los insectos de grandes y ténues alas las hacían brillar y reflejaban en ellas los colores del iris, y las hojas que el viento hacía caer en el agua y arrastraba con rapidez la corriente, decían á aquellas dos imaginaciones que con-

templaban cuadro tan bello, lo que habrán dicho á tantas otras,—que nuestra vida, como la vida de todos los seres que nos rodean, no hace mas que caminar con mas ó menos lentitud hácia ese terrible término que se llama muerte.

El padre Juan, sintió aquel día, con mas fuerza la fatiga que parecía rendirle, y que en realidad le arrastraba hácia el sepulcro que él miraba con esa triste melancolía que inspira á un alma herida por los tormentos del mundo, la puesta del sol en una tarde de noviembre y en aquellos países montañosos.

Esperaba la muerte, y al sentirla llegar, sus ojos se llenaban de tristes lágrimas: sus pesares le parecían menos crueles. ¿Hay idea mas terrible que el no ser? En el momento que la fría mano de la muerte cierra nuestros párpados, en el momento que su punzante hielo paraliza nuestros movimientos; en el momento en que se desprende de nosotros nuestro último pensamiento ¿qué pasa en el corazón que cesa de latir? ¿Existe un nuevo mundo para el espíritu vagoroso que deja su cárcel de tierra, ó la huesa que se abre para la materia muerta recoge también como un suspiro de dolor el espíritu que la animaba? ¿Qué hombre pensador deja en tan tristes momentos de ser esclavo de la duda? ¿qué impacientes temores, cómo le sonríe al que muere la idea de otra vida, cómo el corazón esclavo de sí mismo, pretende encerrar en sus pliegues el soplo creador que le anima, y que parece pronto á alejarse!... Entonces el hombre siente tal necesidad de cariño, desea tanto que los que le rodean le animen con palabras consoladoras, se complace de tal modo en recordar su pasado, como si quisiera con esto calentar su vejez al calor de las muertas pasiones de su juventud.

Esto mismo sucedía al padre Juan.

Se acercó á su joven compañero, que estaba absorto en locas meditaciones y le dijo:

—Ven, hijo mio, ¿en qué piensas?

—¿Lo sé acaso, padre? Este deseo sin forma que me acosa, esta pena, que no es mas que el astro de lo que me rodea, ¿me deja un solo momento para pensar? ¿pienso yo cuando me recojo en mí mismo, y vago en un piélagos de esperanzas, de dudas, de sentimientos, de ilusiones que me sonríen y me dan la mano, como si intentasen hacerme perder en aquel resuelto mar, en que brilla la felicidad vestida con sus mil trajes?

—¡Pobre, hijo mio!—¿qué es la juventud mas que el tiempo en que sueña, el tiempo en que se desea? Yo soñé, yo deseé hoy recuerdo con placer—¡quiera Dios perdonármelo!—aquellos sueños y aquellos deseos. Pero la vida se aleja de mí, nada de mi pasado existe ya sino en mi corazón, no quiero que su recuerdo muera conmigo! ven te diré todo, y tal vez mis desgracias sean una lección para tu alma, tal vez ellas borren de tu imaginación las locas ambiciones que le asaltan de continuo.

—¡Imposible!... murmuró el joven.

—Escucha, tú que eres poeta, también yo lo fui en otros días, comprenderás mejor que nadie lo que hay de amargo en mi vida. Al hombre que tiene ya puesto un pié en el sepulcro, creo que se le puede perdonar, el que diga que en su juventud, fue su hermosura bastante notable para que le hiciese fiarse de ella: es una verdad, hijo mio, muchos lo han dicho, que la belleza, es uno de los demonios que mas nos pierden, así yo cuento horas de sufrimiento, horas de dolor, porque en otros tiempos he poseído también ese encanto que nos agrada siempre, pero que siempre nos es fatal. ¡Qué hermoso día aquel en que abandoné estas poéticas orillas, estos lugares silenciosos y llenos de misterios que estando ausente de ellos, me complacía en describir en uno de mis cuentos, y al que amo mas porque me habla de mis sueños de adolescente, de mis sueños de poeta!... Es imposible que desde esas cumbres gigantescas que parecen aprisionarnos en el reducido recinto que vemos desde aquí, descienda al valle una mañana mas serena, mas llena de luz, de perfumes y de cánticos, que aquella en que dije ¡adios! á este sombrío monasterio, á este bosque, á la ría, á la villa, á las aldeas que yo había recorrido durante mis años mas queridos. Mi corazón palpitaba de alegría y ansiedad, yo pobre hidalgo de este país mas pobre que yo todavía, me alejaba, iba en pos de las riquezas, de los honores, de la gloria, del amor; hermosos ángeles, cuya sombra parecía cobijarme cariñosa en mis solitarios paseos por los incultos senderos que desde la cercana villa nos guían á este monasterio, á la ría, á las enhiestas cumbres que baña el sol con su primer rayo. ¡La corte! es decir, la felicidad, me llamaba con todas sus voces tentadoras, y aun cuando al partir las lágrimas temblaron en mis ojos, porque nunca se dejan sin lágrimas aquellos sitios que nos son queridos, no eran ellas, sin embargo, mas que una pobre ofrenda que el niño consagraba á la madre de su corazón, ¡su alma se regocijaba! No quiero recordar ahora cómo pasé parte de mi juventud, viviendo al lado de un rey poderoso y poeta. Mis cántigas eran repetidas por los caballeros, las damas las aprendían de memoria, porque siempre se hablaba en ellas de amor, y yo dejaba en cada una de ellas, algo de aquellas hermosas esperanzas que me sonreían, como dejé después el dolor que envenena mi vida. Tú, hijo mio, tú que sueñas en el amor, con esa vehemencia del joven y del poeta, no eras capaz de concebir siquiera, como llamé á mi alma, el día en que una mujer hermosa como un ángel, me dijo palabras de cariño. Todos aque-



CARACTERES DEL ARTE.—BAJO-RELIEVES DE LA CATEDRAL DE BARCELONA.

Los insensatos transportes de la pasión, toda aquella vaguedad, todos aquellos delirios que me arrullaron durante los días encantados de mi amor, todos, todos tienen hoy todavía palabras con que hablarme; aun conmueven mi corazón: mira, pues, cómo enloquecerían mi alma en aquellos momentos en que el exceso de mi felicidad fue tal, que no pensé siquiera en los días venideros que podrían disiparla, porque era hermosa hasta el imposible aquella mujer que estaba demasiado alta para el amor de un pobre doncel. Puso por precio á su cariño el respeto y el silencio; y el misterio de que se rodeaba, tendía en torno suyo un rayo de pureza que la hacía más querida á mi corazón. Sondar ese misterio era perderla para siempre, así me lo había dicho. ¿Por qué puso ella entre mi amor y el suyo una valla que un día habíamos de traspasar? Permíteme, hijo mío, permíteme que calle algo de tan terrible historia, yo creía haber llegado muy alto, pero no podía imaginarme siquiera que era hasta el trono á donde había llevado su vuelo mi alma vagamunda y soñadora. Mi mano rasgó un día el velo misterioso, y aquella hora en que debía recibir el premio que mi silencio y mi amor habían conquistado, aquella hora en que la felicidad debía visitarme en la tierra, fue cuando la perdí para siempre. Vi el sol, y sus rayos me cegaron; una vez ciego, una vez lejos de él, mi alma se atormentaba con su recuerdo. Presente siempre en mi memoria aquella escena fatal, errante por la tierra, palpando eternamente el vacío que se extendía á mi alrededor, viví atado al martirio más espantoso. Poseer, amar y perderlo todo cuando uno ama todavía, cuando no puede dudar de que era amado; ¡oh! este suplicio no tiene igual entre los más crueles. Su imagen delante de mí, en mis sueños, en mis largas vigiliás, en mi mismo dolor, nada había más que ella y por cierto que bastaba. Huí, de pueblo en pueblo buscaba un lugar solitario en que poder entregarme á mis recuerdos, pero una mano implacable, la mano del desasosiego y de la locura, me empujaba y volvía á seguir mi camino. El sol de Asia iluminó mis facciones en que el sufrimiento marcaba diariamente sus huellas: los santos lugares en que Jesús había padecido martirio por el hombre, los recorrí también con lágrimas en los ojos, con la oración en los labios, pero el pensamiento, el traidor pensamiento, volaba hacia otras regiones y volvía

trayendo nuevos y amargos recuerdos. Ni aun en la casa del Señor hallé el consuelo que necesitaba mi espíritu fatigado: donde quiera que se fijaban mis ojos, de allí salía como á la voz de un conjuro, la imagen de aquella que era á la vez mi ángel y mi verdugo. ¡Cuántas veces vuelto el rostro hacia la ciudad santa, llena todavía de aquellos rumores que dejaban en pos de sí los cánticos del profeta, sentí oprimirse mi corazón, y recordé con triste melancolía, estos hermosos lugares en que había nacido, y soñado y esperado y había visto lleno de hermosura siempre que volvía hacia él mis ojos inundados de lágrimas.—Volveré, me dije á mí mismo, volveré á aquel lugar ignorado, todo cubierto de poesía y de perfumes. Allí la santa casa, á cuyos pies corre el Herbon, y le rodean aquellas erguidas cumbres, desde las cuales se admira uno de los más hermosos paisajes de la tierra, aquella santa casa que en mi niñez me abrió tantas veces su puerta hospitalaria, aquel bosque que yo recorrí en mis primeros años, tan cubierto de hojas, tan lleno de frescura, todos me darán un asilo cariñoso, todos pueden recordar á mi alma escenas de sencilla felicidad que endulzarán mis amargos pensamientos.—Y volví como un pájaro errante, que torna al nido abandonado, y atravesé durante muchos días esa vasta extensión de tierra que separa este oculto rincón del mundo de aquellos lugares que santificó con su sangre el Hijo de Dios. Una vez aquí, la resignación pareció cobijarme bajo sus alas; esta brisa que es la misma que oreaba mi rostro cuando todavía no dejaban en él su beso, otros labios queridos que los de mi madre, vino de nuevo á templar el fuego oculto que quemaba mi frente y mi corazón. Una vez aquí, hijo mío, no hice más que sufrir, sufrir y orar. ¡Quiera el cielo que los pensamientos mundanos que atravesaban por mi frente como negras nubes sobre un cielo sereno, no manchasen la pureza de mi oración!... ¡Dios mío! ¿castigarás acaso, el que hombre todo debilidad no sea bastante fuerte para resistir el peso de sus amarguras, y no escuchar la voz del corazón que se complace en sus desvarios?—Ya lo ves, prosiguió,—yo soñé en el amor, yo amé como nadie, yo llevé mis labios calenturientos, á aquel manantial de vida que tan pronto se había de secar para mí. Después, sediento siempre, buscaba hasta en el soplo del viento que mueve estas ondas, algo de aquella

frescura que había gozado en otros tiempos. El recuerdo de la dicha, es el más punzante aguijón que puede impelirnos en pos suya: vale más no conocerla, que probar sus dulzuras, deseárselas después eternamente y no tocarlas nunca.—Vale más ese deseo que te atormenta, que este ser que nos desespera: quédate á la orilla de ese mar engañoso; la tempestad ruge detrás de aquella nube rosada que señala el horizonte. Yo te envidio tus locos pensamientos, que pueden todavía tomar tantas formas como plazca á tu espíritu; los míos, no conocen más que un camino, no invocan sino una sombra; no murmuran á mi oído más que un nombre. ¡Ya ves cuánto padezco!...

—¡Ah! pensó el joven—arrojando una mirada envidiosa sobre el rostro del monje,—¡quién padeciera de ese modo!...

Y los dos abandonaron aquel lugar solitario, porque la campana del convento les llamaba á la oración.

Dos días después, ya la lluvia sonaba tristemente en las hojas secas de los árboles, cuando en una celda del monasterio se veían al lado de un pobre lecho en que descansaba el que hemos conocido con el nombre de padre Juan, el joven con quien este había tenido la conversación que acabamos de contar, y otro monje venerable por la santidad que reflejaba en su rostro, en que los años no habían dejado sus huellas que las de la vejez.

—¡Hermano! decía este último, el Señor me ha preservado, por su infinita misericordia, de esos tormentos con que el mundo os ha maltratado; yo no conozco lo que ellos son, pero estad seguro que el Señor se apiadará del que ha sufrido tanto, y tendrá en cuenta sus lágrimas. ¡El es todo bondad, esperad en él!...

—¡Señor! murmuró el enfermo con voz estinguída casi y estrechando entre sus manos las del joven monje á quien amaba como á un hijo—¡alejado de las tormentas del mundo en que ese corazón se hará pedazos!... ¡infundidle esa dulce quietud, que nos hace estar contentos con lo que tenemos al presente, ¡pagad en su alma esos deseos que le venden, salvadlo, Señor—¡él es débil, él es niño, él nació para amar!... y después de un largo silencio repitieron sus labios esta palabra ¡amar!...

Y su frente se cubrió de la palidez de la muerte.

Aquel hombre que moría así tan olvidado, tan lleno de dolor, se había llamado en el mundo JUAN RODRIGUEZ DEL PADRON. El otro monje tiene á su vez un puesto demasiado alto, en aquella revolución popular que agitó á Ga-

licia á fines del siglo XV para que no nos sea querido á nosotros que amamos aquella revolución en que el pueblo se alzó contra el poder feudal, y esparció por la haz de aquella tierra, regada con su sangre las cenizas de las mansiones feudales, que eran el padron vivo de su desventura y de su ignominia.

Al morir un poeta, otro poeta ignorado recogía de sus labios el legado de la inspiración y del amor á su patria, y por eso cuando el primero dormía su eterno sueño, el segundo animado del más grande y santo amor por su patria, animaba con su palabra ardiente, y caminaba delante de las huestes populares. Los *Hermandinos* tenían en él un jefe, un apóstol y un soldado. Triple destino del hombre de genio, del hombre de iglesia y del hombre de valor.

M. MURGUIA.



AVISO.

Los señores suscritores cuyo abono concluye á fin de este mes se servirán renovarlo si no quieren experimentar retraso.

DIRECTOR, D. J. GASPÁR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPÁR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRÍNCIPE, 4. 1860.